

Investigación Una joven sevillana indaga en los archivos para desvelar el gran secreto de su familia: las circunstancias de la muerte de su abuelo ▶ Sesenta años después logra reescribir, con apellidos, una parte de la Historia

Que su nombre no se borre

EVA RUIZ

TENÍA unos cuatro años cuando comencé a preguntar por mi abuelo paterno. No entendía que nadie hablara de él, ni lo mencionara, que fuera tabú. Falleció en el otoño de 1936. Setenta años después, he obtenido todas las respuestas a mis preguntas.

Mi abuelo se llamaba Antonio Ruiz Quiles, tenía 33 años cuando murió en Sevilla. Mi abuela, Rosario Romero Acuña, se quedó viuda con 30 años y cuatro hijos de edades comprendidas entre los 6 años y los 9 meses. Ella murió 64 años después. La recuerdo siempre vestida de negro. Tal vez, con independencia de la tradición del luto, fue la manera de que permaneciera en ella vivo el recuerdo de mi abuelo. Fue la única concesión que se permitió durante las seis décadas posteriores, donde impuso en su vida y en la de sus hijos la ley del silencio, una ley que aún pervive en ellos como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Crecí siempre pidiendo explicaciones, pero nunca encontré respuestas, y ante mis insistentes preguntas, siempre me decían en voz baja, murió en la guerra. Y yo preguntaba, ¿en qué guerra?, ¿por qué?, Y siempre, los mayores me decían que no debía preguntar por ello, que en casa no se podía hablar de política. Hoy sé que mi abuela tuvo todos los datos y se fue con su verdad a la tumba.

Recuerdo una pequeña anécdota a la que he dado sentido una vez he podido localizar los datos que ahora conozco. Iba en el autobús de la línea desde Sevilla a Alcalá del Río, el pueblo de mis abuelos y también el mío. Estaba con mi abuela y ese día me dijo "ahí está tu abuelo". Pasábamos por delante de la tapia del cementerio de San Fernando en Sevilla. Siempre pensé que me lo dijo para que me no preguntara más. Era como decirme que los muertos están en los cementerios. Fue la única vez que me contó la verdad. Mi abuelo está en el cementerio de San Fernando en Sevilla, pero no de la forma que cualquier persona hubiera pensado.

Tras muchos años de dudas, en 2005 comencé la búsqueda, al principio infructuosa. Hasta que a principios del mes de octubre del pasado año decidí escribir a la Asociación para la Recuperación de la Memoria



Antonio Ruiz Quiles.

Histórica. Envié a su página web los datos de mi abuelo, los mismos con los que antes había intentado indagar en los archivos militares, donde no encontré constancia alguna.

El día 22 de octubre recibí una contestación del historiador e investigador José María García Márquez anunciándome que mi abuelo fue entregado a la fuerza pública y fusilado el 22 de octubre del 36, justo el mismo día en el que se cumplían setenta años de su muerte, y que estuvo retenido en la Prisión provincial de Sevilla. Contacté varias veces con él y puse en marcha mi particular investigación para intentar lograr la verdad, más cercana a la realidad, y seis meses después he podido hacerla pública gracias



Rosario Romero Acuña.



Los huérfanos Antonio, José y Manuel.

al sitio en internet *Todos los Nombres*, un proyecto creado con la finalidad de recuperar la memoria histórica y el reconocimiento institucional y social de las personas que sufrieron la represión en la guerra civil y posguerra, y que debe su nombre al título de una novela de José Saramago.

Durante seis meses recopilé datos sobre su acta de defunción, sobre su expediente penitenciario, sobre las inscripciones en los registros de defunción, archivos municipales, provincial... Y comencé a reconstruir la memoria de mi abuelo, la memoria de Antonio Ruiz Quiles, y la de mi abuela, Rosario Romero Acuña, superviviente, y lo que les ocurrió en esa época de convul-

sión. Entonces descubrí que la realidad supera con creces la ficción, que investigar en el pasado puede generar un dolor inmenso al descubrir la verdad y muchas atrocidades cometidas en la Guerra Civil.

Antonio Ruiz Quiles, mi abuelo, murió fusilado en la madrugada del 22 al 23 de octubre de 1936, ante las tapias del Cementerio de San Fernando de Sevilla, junto a cuarenta personas más que componían las *sacas* de esa noche procedentes de las diferentes prisiones, y enterrado en una de las fosas comunes que contienen los restos de miles de personas.

De militancia socialista fue detenido por varios falangistas en la madrugada del 4 al 5 de septiembre en su casa en plena noche junto a varios compañeros de la central eléctrica, bajo acusaciones nunca verificadas y que posiblemente se dirigían a quitar los puestos de trabajo de los empleados de la central. Mi abuelo ingresó en la prisión provincial de Sevilla a las siete de la tarde del 5 de septiembre, estando prisionero durante 48 días hasta la fecha de su muerte, cuya sentencia fue firmada por el delegado de Orden Público, Manuel Díaz Criado.

Rosario Romero Acuña, mi abuela, acudió a diario, durante los 47 días del cautiverio, a la prisión para llevarle comida y ropa limpia a su marido. Hizo el recorrido diario a pie, porque el conductor de la línea de autobús, conocido como El Gorilo, era falangista y no permitía la entrada de ningún familiar de *rojos*. El 24 de octubre, dos días después del asesinato de su marido, Rosario Romero recibió en la puerta de la Prisión sevillana un paquete con ropa, entre ellas, un abrigo largo de color marrón oscuro. Supo que fue fusilado el 22 de octubre de 1936 y enterrado en una fosa común del Cementerio de San Fernando en Sevilla.

El 4 de agosto de 2000 mi abuela murió a los 95 años sin apenas hablar de su marido, por miedo, dolor y futuras represalias hacia sus hijos y nietos. Antonio Ruiz Quiles existió y su nombre no puede ser borrado de la Historia de este país. Es mi pequeño homenaje a alguien a quien no conocí, pero al que comencé a querer desde los cuatro años.

▶ Este testimonio y otros documentos e investigaciones se pueden leer en internet en el sitio www.todoslosnombres.org.

Cementerio de San Fernando de Sevilla

La Cruz de Lolo, un homenaje anónimo

Hay una cruz de hierro en el Cementerio de San Fernando de Sevilla que no tiene nombre. Está en una de las fosas comunes donde reposan los restos de miles de personas fusiladas del bando republicano. Junto al monumento que contiene un poema de Alberti y la

columna con la bandera tricolor, se sitúa una cruz de hierro sin nombre. Esta cruz tiene una pequeña historia. Durante mucho tiempo, Manuel Vargas Sánchez, herrero de profesión, fue testigo de las atrocidades de la guerra. Decidió, con el apoyo de un peón, compañero

de trabajo, reunir, trozo a trozo, restos de hierro para crear una cruz. Tuvieron que tener mucho cuidado pues el material estaba muy vigilado. Manuel forjó esta cruz de hierro en la calle Sol, en el número 80, de Sevilla. Cuando la terminó, decidió ir solo al cementerio, y



Cruz junto a la fosa común.

con una carretilla de mano, la ocultó con ropas de trabajo y la colocó donde hoy está ubicada. Era a finales de los años cincuenta. Esa cruz que no tiene nombre es la Cruz de Lolo. Este hombre, de militancia comunista, realizó su pequeño y gran homenaje para evitar que quedaran en el olvido miles de personas allí asesinadas. La Cruz de Lolo ya tiene nombre.